

XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2025.

# Palabra y creencia.

Levi, Leandro.

Cita:

Levi, Leandro (2025). *Palabra y creencia. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/369>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/avp>

# PALABRA Y CREENCIA

Levi, Leandro

Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Psicología. Rosario, Argentina.

## RESUMEN

En el presente trabajo voy a indagar la relación existente entre la creencia y la palabra. Si bien puedo indagar esta relación en términos amplios el fin es considerarla para el psicoanálisis, ya que es de ella de donde obtenemos nuestras certidumbres y nuestras preguntas y hasta el ruido de fondo de nuestras incertidumbres.

## Palabras clave

Palabra - Creencia - Psicoanálisis

## ABSTRACT

WORD AND BELIEF

In this paper, I will explore the relationship between belief and the word. Although this relationship can be examined in broad terms, the aim here is to consider it within the framework of psychoanalysis, since it is from this domain that we derive our certainties and our questions, and even the background noise of our uncertainties.

## Keywords

Word - Belief - Psychoanalysis

La relación entre la palabra y la creencia en ella es amplia y nos puede llevar tanto a tiempos remotos en donde la magia imperaba como hasta el tiempo actual en relación a lo que dicen los políticos. La posibilidad de la palabra de invocar, nos conduce a los efectos del proceder esotérico. La religión misma como continuación de la magia implica rituales que precisan de la palabra oral pronunciada generalmente por algún sacerdote, o persona de alto rango dentro de la institución. En la historia del pueblo judío la palabra tiene infinitas resonancias y repercusiones, desde las palabras que de Dios le pronunció a Moisés, hasta las palabras de los profetas que podían comunicarse con Dios. La palabra en esta perspectiva esotérica, mística o religiosa tiene una función de mediadora entre dos esferas, una generalmente divina y la otra humana o conectada con algún fin mundial. En tanto mediadora la palabra tiene el poder de invocar.

El obsesivo no se distingue del religioso en su relación a la palabra, con la cual se hace promesas de devenires mejores a cambio de alguna acción ritual. En un verdadero diálogo divino, el obsesivo puede prometer en nombre de cualquier poder ignoto, para terminar con cualquier práctica considerada inmoral. Los políticos y la masa también tienen relaciones con la palabra y la creencia, desde dos puntos de vista, uno desde el político que habla a la masa y otra desde lo que la masa cree

de lo que el político dice. Lo que el dirigente pueda decir va a depender seguramente de algún estudio de campo que lee lo que el pueblo precisa, lo que busca, quizás no tanto a nivel de las encuestas o de lo que cada uno pueda decir que busca en un político sino en estudios más indirectos como pueden ser algoritmos de Instagram o de consumo. Muchas veces la referencia a las clases sociales juega un rol fundamental en la manera en que el político se posicionará frente a su auditorio. Si les dice a los ricos que el enemigo es el pobre o a los pobres que es el rico, pero siempre en lo que el político vaya a decir, se puede identificar a un opositor. Los lazos afectivos que pueda armar dependerán en gran medida de la justicia para definir a este opositor, de dar con la misma caracterización que el pueblo tiene. Esto depende entonces de la posibilidad de "entenderse", entre el dirigente y la masa.

Desde la otra perspectiva está lo que la masa cree de lo que el político diga. Esto desde luego no se trata de que si le cree es porque lo vota y si no le cree no es confiable y no lo va a votar. A veces, y es casi regla este fenómeno, la masa elige no creer en algo que el dirigente dijo, porque esto va contra sus propios intereses. Llamamos masa de manera general e imprecisa a un conjunto heterogéneo de hombres y mujeres que constituyen determinada comunidad. Desde un punto de vista psicológico hay heterogeneidad entre ellos porque cada uno es para los demás un otro, y en tanto tal un extraño por más que sea un semejante. No compartirá seguramente casi nada de la vida cotidiana que pasa mayormente en su propio hogar o con su familia. Pero pese a esta heterogeneidad hay una cosa común entre ellos, y es esto común lo que mueve la fuerza política, casi siempre con mayor fuerza para odiar que para amar. Es curioso en este sentido el trabajo de Bataille (Bataille 2025) sobre la estructura psicológica del fascismo al encontrar que lo que padece una masa no es tanto una homogeneidad como se suele creer, en el sentido de que todos piensan igual, sino justamente una heterogeneidad, porque hay en cierto punto una rotura del lazo social, que necesita que con el semejante se comparta lo mismo, que haya identificación en el sentido freudiano. Esto mismo descubre Hannah Arendt (Arendt 2022) respecto a los totalitarismos. El cuerpo social producto de los totalitarismos es uno en el que hay una absoluta y radical heterogeneidad, cada quien es un extraño para el otro.

En este conflicto entre el votante y el dirigente, el posible votante que ya está implicado emocionalmente con el dirigente, puede decirse a sí mismo, seguramente tal o cual dirigente no va a hacer esto que dice. Respecto a esto puedo citar el trabajo

sobre la mentira de Alexander Koyré (Koyré 2009), en donde para sorpresa de muchos, nos dice que Hitler no mintió sobre lo que terminó siendo la «*Endlösung*».

## FREUD Y LACAN

En lo que hace a la práctica del análisis, la palabra desde Freud obviamente pero también y sobre todo a partir de Lacan, ocupa un lugar central. El analista tiene que escuchar lo que el analizante le dice, y para eso solo cuenta con un recurso, el de la palabra misma.

Lo que quiero compartir en este trabajo es la articulación entre la palabra y la necesidad de que se crea en que ella tiene un poder que toca algo real. Este poder de la palabra no es el de los descriptos hasta este momento, vale decir, no estamos hablando del poder en la magia, como así tampoco en la religión ni en el caso del dirigente hablando a una masa en particular. En todas ellas hay un poder que es de *sugestión*, en donde el que habla es el padre de la horda primitiva. El que habla detenta un poder y este tiene un efecto sugestivo sobre el que escucha. La sumisión de la masa o de cualquier paciente para recibir lo que una persona investida por algún atributo, no nos llama la atención para nada, porque Freud ya nos lo indica en «Psicología de las masas y análisis del yo». (Freud 1974)

El analizante tiene que creer en la palabra, pero en la suya, en el sentido de la asociación libre, tiene que creer en que puede hablar sin relación previa a que tenga que haber alguna orientación puntual en lo que diga. En un extremo de la creencia en la palabra se ubica la psicosis, en donde se evoca la cosa misma. En el otro quizás estén los pacientes que no pueden constituirse en analizantes porque no creen en la asociación libre. En cierto punto la asociación libre requiere que se crea en ella, que se crea que uno puede hablar sin determinación alguna solo por el placer incluso que hay en hablar. Es necesario que haya el placer de hablar. Porque algunos pacientes pueden creer que siempre van a hablar de lo mismo. Se equivocan. El psicoanálisis nos enseña que aun hablando de lo mismo ya no es lo mismo.

Estos pacientes creen con cierta razón, que las palabras no pueden ser suficientes para alterar el oscuro mundo de padecimientos en que están sumergidos. Puede suceder que se descrea en que lo dicho pueda tener algún efecto sobre la posibilidad de modificar algo de su propia vida. Ya incluso diciendo esto sabemos que a veces lo que el paciente cree que quiere cambiar, no coincide con el síntoma que eso encubre. Es que tienen razón al descreer de la palabra, ya que tomarse con tanta seriedad las experiencias verbales que tenemos en la vida cotidiana puede llevar a cualquiera al manicomio. Sabemos que el psicoanálisis es un discurso sin palabras, y por lo tanto podemos quedarnos tranquilos con esa suposición.

De cualquier forma, es cierto que para sostener un análisis es necesario una cuota de creencia en lo que pasa cuando alguien habla y otro lo escucha. En este sentido la creencia juega un

papel fundamental, mucho más que las palabras. La creencia misma es una experiencia que implica al lenguaje. Hay reglas para creer, y las religiones son fundamentales en este aspecto. La creencia de las religiones proponen un condicional, si Usted hace esto, obtendrá lo siguiente. En lo que se cree es en lo que pasa si cumple con los mandamientos por ejemplo. Por eso la fe en Dios es el primer paso para contarse dentro de los creyentes. No por nada se los llama creyentes. El analista no está tanto más lejos de la experiencia de la creencia, ya que él mismo también tiene que creer en lo que dice el paciente. Pero ¿qué ocurre si los pacientes nos mienten y caemos en la trampa que ellos mismos, sin pergeñar, tramaron? La creencia por parte del analista tiene que ver con escuchar, más allá de cualquier prueba de verdad, porque la verdad es la que habla. Por eso no hace falta la teoría para escuchar, o solamente hace falta la regla que incumbe al analista, la atención flotante. Pero creo que puede estar pasando que le llamamos creencia a un fenómeno muy amplio que no llegamos a circunscribir.

Para entender mejor el fenómeno de la creencia en la palabra creo conveniente que indaguemos acerca de lo que ocurrió con los profetas. El mismo Spinoza se pregunta sobre esto en su tratado teológico-político (Spinoza B. 2011). Que haya habido profetas nos hace pensar que la creencia no tiene nada que ver con el contenido de lo que dice, o al menos muy poco. Los profetas fueron escuchados como mediadores de la palabra de Dios. La efectividad con que algunos hombres expresaron sus ideas, y la forma en que el pueblo les creyó no es un fenómeno que solo interese a la historiografía, sino que aún más cerca de nuestro presente, en los comienzos de la Alemania nazi, las palabras del mismo Hitler se relacionan de manera directa con un pueblo y la creencia. Porque nos podemos preguntar junto a Koyré sobre cómo se escuchó lo que el Führer dijo en sus discursos. ¿Creyeron que él iba a hacer todo lo que dijo que iba a hacer y que finalmente hizo? A diferencia de quienes dicen que los políticos mienten y hacen caer en la trampa a un electorado cualquiera, puede suceder y podríamos preguntarnos si no es acaso la regla, que el político diga la verdad, y que la sociedad en cambio elija en qué creer, sobre qué parte del discurso hacer hincapié. Sin duda hay puntos de los discursos de los políticos que prenden más que otros. Pero si bien esto puede estar estudiado, hay un punto contingente, no se sabe cuál punto del discurso puede prender más que otro.

Por ejemplo, Hitler dijo la verdad, no mintió, y sin embargo Koyré (Koyré 2009) nos dice que el pueblo no le creyó. No creyó que fuese a cometer lo que finalmente hizo, el asesinato en masa más grande de la Historia Humana. Este giro es interesante, porque se puede creer en lo que alguien dice o no, y ese acto mismo le otorga a la masa de oyentes el poder de determinar si es cierto o no. Podemos escuchar a alguien decir que va a matar judíos y creer que miente, que esa persona no opina eso, que no lo va a hacer, que solo tiene odio hacia ellos pero que sería incapaz de acometerlo. Cómo escuchamos a nuestros semejantes

tiene que ver con esto. Digo, no como analistas, sino qué ocurre como sociedad respecto a lo que se dice y se cree o no se cree. En este sentido, lo que una comunidad de hablantes cree, es lo que da el sentido. Este sentido de la creencia tiene que ver entonces en cómo un pueblo puede dar validez o no a lo que dice cierta figura que detenta algún poder.

Hay además otra vertiente de interés para estudiar la palabra y su relación con la creencia, y es la forma en la que los niños acatan las órdenes de los padres, la imposibilidad que tienen en descreer de sus enunciados. No solamente de lo que ellos dicen, sino y peor aún, la imposibilidad de los niños de ocultarles a los padres alguna travesura. Es signo de independencia y de libertad frente a la alienación parental poder dar el paso hacia la mentira, hacia el ocultamiento, hacia la separación, hacia la caída de la omnipotencia paterna. Incluso podemos pensar cómo los niños se confiesan, no por otorgarle a esa acción el sentido que tiene de adulto, sino porque no pueden mentir. Es una imposibilidad, es un hecho de estructura y no tiene nada que ver con lo fenomenológico.

Otro ejemplo sobre la creencia en la palabra tiene que ver con una risa singular que podemos escuchar en algunos pacientes, una risa que se da respecto a lo propio que se dice en un análisis. Son esos pacientes que se ríen de lo que dicen, pero no sobre lo gracioso que se puede escuchar en lo que uno dice cuando habla, sino esa risa que se repite luego de decir algo y que podríamos describir como nerviosa. La risa nerviosa es signo de que el paciente no cree en lo que dice. No sostiene lo que dice con el silencio por ejemplo. En este sentido el silencio es sanción de lo que se dice. Soportar ese silencio puede ser difícil para este tipo de pacientes. Por esta risa algo a nivel de la significación no puede inscribirse.

Puede surgir en pacientes que tienen una debilidad del yo. No tengo muy en claro aún, de dónde viene esa risa y qué sentido puede tener, pero por ahora me conformo con entenderla como una increencia en lo que se dice.

## ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS

La cuestión de la creencia está relacionada con el par opuesto de verdad y mentira. Pues la creencia es la suposición necesaria de que lo dicho sea verdadero. No dije que uno diga siempre la verdad, sino la suposición de que lo dicho pueda o no ser verdadero, o sea que por más que alguien me mienta, y yo me lo crea, eso sea una mentira. La creencia considerada desde esta perspectiva tiene que ver con la enunciación y no con el enunciado. Es lo que podemos trabajar a partir del cogito, cuando Lacan hace hincapié en que Descartes nos dice el «pienso luego soy», digamos que hay enunciación. Esta enunciación tiene que ver con un efecto de espejo vacío que tiene el pequeño otro que nos escucha cuando uno habla. La mentira se puede articular a la enunciación con el famoso chiste de Cracovia y el destino incierto del pasajero judío. La creencia está en el texto mismo,

cuando dice, debería creer que en lugar de ir a donde me dices que vas, verdaderamente vas a Lemberg. El chiste sin embargo no está en la mentira, porque efectivamente el sorprendido judío que se encuentra con esta incertidumbre radical que llevan las palabras, exagera la dimensión en cuestión, que es la de que cuando alguien habla, no hay certeza alguna de que lo que diga sea cierto. Uno puede hablar para mentir, para sacar provecho, para hacerle creer algo a alguien, puede mentir incluso sin querer, sin intención. La incerteza radical al momento de hablar es tal que llama la atención que cuando alguien nos dice algo siquiera podamos tomar alguna cosa por cierta, pero sin embargo, así vamos.

Freud describe dos verdades, una la jesuítica, que describe las cosas tal cual son y la otra es lo que quiere escuchar el que escucha. Este libro de Freud (Freud 2012) sobre el chiste es un libro que nos describe que mucho de lo que se dice en la vida de una persona depende de quién lo escucha. Si decimos chistes elocuentes ante personas extranjeras, nadie se reirá, como así tampoco si intentamos hablar con alguien que sí habla nuestra lengua pero cree que le mentimos. Si las palabras del enamorado las escuchase una mujer que cree fácilmente en sus expresiones amorosas, posiblemente este amor no dure, como así también las palabras del padre que le dice a su hija que la quiere, precisan ser desestimadas o no de acuerdo el caso. La cuestión es que muchas veces creemos en que lo que ocurre cuando hablamos depende de lo que decimos y desestimamos el papel del que escucha. Pues bien, este libro de Freud sobre el chiste, nos afirma lo contrario. Lo que decimos está determinado por quien lo escucha.

Es que uno ya conoce los bueyes con los que ara, entonces sabe a quién contarle cada cosa. Si queremos un concejo dulce vamos con nuestra tierna madre que nos apañará, en cambio si buscamos la despiadada verdad podemos ir con ese amigo cruel, que no tiene ninguna inhibición en decirnos todo lo mal que hemos obrado. Una gran herida es que nuestros padres no nos crean. Puede ser un momento de pasaje a la adulterez, saber que nuestros padres pueden no creernos.

Retomando el ejemplo de los pasajeros judíos. Pues la creencia está en el medio, entre ambos dos, entre el que habla y el que escucha. La intención del que habla es siempre una incógnita para el que escucha, y lo mismo la intención del que escucha. Este chiste pone en el centro de la cuestión justamente esa incertidumbre. Incertidumbre por otro lado fundamental en lo que hace al ser hablante, ya que de allí se nutre mucho de lo que del deseo podamos nutrir.

Ahora bien, el psicoanálisis permite ir más allá de la necesidad de la comprobación, del gesto supuestamente científico de corroborar si es verdad o mentira. En ese sentido la constatación de que haya o no acontecido efectivamente lo traumático no tiene ya valor para Freud, que dejó de creer en la histérica. Es que es necesario no creer en lo que nos dicen, sino nos engañamos. Creer es sinónimo de significar. Y cuando significamos pasamos

al campo del ser. Y en ese campo hay relación sexual, porque el S1 copula con el S2.

Es precisamente el engaño lo que a nivel de la creencia juega un rol fundamental. Es que más allá del semejante está lo que de su superficie sirve de caja de resonancia, en donde yo, en tanto sujeto, puedo escuchar lo que dije. Es necesaria una presencia del otro para que haya resonancia del decir. Esta resonancia pone en juego cierta relación a la verdad y a la mentira o para englobar estos dos términos en uno más próximo a los primeros seminarios de Lacan, al engaño.

Podemos recordar ahora la diferencia entre el Otro engañado y el engañador que sitúa Lacan en el seminario 11 (Lacan 2010) respecto a Descartes. Pues dice que en Descartes y en la ciencia de lo que se trata es de poner la verdad en el Otro. Esto funciona como un sancionador absoluto de todo lo que se escriba en la ciencia, por eso Lacan dice que si uno dice dos más dos es cinco sería verdadero en caso que así esté dispuesto en este gran código. Ahora bien, en el psicoanálisis no hay esa garantía de verdad y es justamente lo que puede extraviar pero es también lo que permite que haya progresos. Ilustremos esta idea.

Como en el chiste de los pasajeros judíos esta referencia a la verdad se juega en todas las dimensiones expuestas. Lo fundamental es que algo permanece como indeterminado, y esto es el sujeto. A nivel de un enunciado podemos analizar la frase, su sujeto su predicado, y todos los componentes que a nivel de la frase dicha tengan una determinada injerencia, pero lo que no es calculable es lo que tiene que ver con el sujeto.

El sujeto es indeterminado porque el gran otro no es un código estable permanente, como si fuese un metalenguaje que puede ver, leer, escuchar todo lo dicho para cotejarlo con sus propios parámetros. En cambio es una dimensión que transciende la certeza inmediata. El gran otro desde esta perspectiva es aquello que nos hace perdernos en lo que decimos cuando hablamos. Es por ejemplo eso que rebota y que oímos de lo que escuchamos. Trasciende al semejante en tanto tal, es una alteridad radical, y en tanto tal es imposible de ubicar en el sentido de si es quien escucha o es cómo supone que lo escuchan aquel que habla.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (2022). «Los orígenes del totalitarismo». Alianza Editorial.
- Bataille, G. (2025). «La estructura psicológica del fascismo». Fondo de cultura económica.
- Freud, S. (1974). «Massenpsychologie und Ich-Analyse». Studienausgabe S. Fischer.
- Freud, S. (2012). «El chiste y su relación con lo inconsciente». Amorrortu.
- Koyré, A. (2009). «Reflexiones sobre la mentira». Leviatán.
- Lacan, J. (2010). «Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis». Paidós.
- Spinoza, B. (2011). Tratado teológico-político. Gredos.